

Barcelona, un mes 2 Ptas.
Fuera, trimestre 750 »
Portugal, » » 850 »
América, » » 850 »
Demás países, 25 »

Flores del silencio

El Carnegie de Cataluña

Este es el más espiritual de mis recuerdos de infancia. El Paseo de Mar de mi villa natal es el mejor de Cataluña. (He debido hacer un gran esfuerzo para no escribir del mundo). Y entonces, cuando yo era niño, no había para mí nada más bello en toda la creación. Los pescadores tendían en él sus redes, por las mañanas. Los burgueses de la villa tomaban el sol conversando amistosamente con ellos. Día y noche, durante todo el año, el paseo olía a marisco y humedad salobre.

Todas sus casas eran bellas porque se nos habían hecho amigas y familiares. Sólo dos me parecían inquietantes. Una, muy grande, edificada en uno de los extremos del paseo, era la escuela municipal, que yo frecuentaba muy a pesar mío, teniendo tan cerca las barcas de los pescadores. La otra, en el extremo opuesto, era una casa misteriosa. Sobre una torrachita tenía puesta una gran cúpula gris, en forma de media naranja, pero inmensamente mayor que la mitad de la esfera del mundo, tal como destacaba en la tarima del maestro de escuela. Ninguna otra casa de la población ofrecía una singularidad tan imponente. Corría el rumor de que allí, bajo aquella cúpula mágica, un joven perteneciente a una de las familias más ricas de la población, se pasaba las noches en vela, observando la luna y los astros.

Estas vagas noticias encendían mi incipiente anhelo de misterio y de romanticismo. Si alguna tarde nos rezagáramos en el paseo, hasta después de anochecido, o lo cruzábamos rápidamente a altas horas (quiero decir a las seis en invierno y a las ocho en verano), veíamos brillar bajo la cúpula una luz encendida tras los cristales de una ventanuca. Nos quedábamos arrobados, mirándola, hasta que nos tiraban de la mano y nos obligaban a proseguir nuestro regreso a la casa paterna. Muy de tarde en tarde, porque era un solitario, veíamos al joven estudioso. Era alto, pálido, y nos parecía siempre ensimismado. En sus ojos claros, los nuestros, dotados entonces de su maravilloso poder infantil, descubrían destellos siderales y fulgores de estrellas.

Ese joven astrónomo a quien admirábamos candorosamente, en secreto, se llamaba Rafael Patxot y Jubert.

...

Han pasado más de treinta años, y no como en las novelas de folletín, sino como pasan en la vida, que es todo lo contrario. Los folletines se devoran, volviendo las hojas vertiginosamente, y sólo al terminarlos se advierte que son excesivos. Las hojas de la vida, en cambio, pasan una a una, despacio, con una lentitud que cuando son dolorosas las convierte en siglos, pero al mirarlas después en conjunto, como quien mira un tomo concluido, parecen un soplo. Hay muchas maneras de hacer esta lectura obligatoria que es la vida. Don Rafael Patxot es de aquellos, tan raros, que la han hecho y siguen haciéndola con fervorosa quietud.

Es un hombre inmensamente rico, y no lo ostenta. Es un verdadero filósofo, en el sentido más puro y socrático de amigo del espíritu, y no hace gala de su sabiduría. Es un filántropo, y las gentes lo ignoran. Es un gran protector de la cultura catalana, el primero y el más desinteresado, y sólo lo sabe una minoría. Es un patriótico ejemplar, y no ha sido nunca nada, ni siquiera senador o diputado. Es, para decirlo con una expresión que me gusta más cada día, una flor del silencio. Es, en fin, un hombre de una clase tan poco numerosa, tan excepcional y ya tan inverosímil, que cuando entre nosotros encontremos uno por casualidad, me llevo instintivamente la mano al sombrero: es un millonario exquisito. En los tiempos que corremos el tener millones va siendo una vulgaridad. Es evidente que con frecuencia los tiene cualquiera. Lo difícil es manejarlos con nobleza.

He aquí cómo emplea el señor Patxot una parte de sus rentas. Entre la *Fundació C. Rabell i Cibils, Vda. de Romaguera*, y la *Institució Patxot*, que son los dos brazos de este admirable mecenas, patrocina y subvenciona grandes trabajos en folklore, meteorología y otras ciencias físicas o naturales, música, historia, erudición en general y bibliografía. A su munificencia se deben el *Cançoner Català*, formidable colección de canciones populares dirigida por el *Orfeó Català*; el *Refraner* de Cataluña; la *Masia Catalana*, estudio arqueológico-monumental encargado al *Centre Excursionista de Catalunya*; el *Llegendari històric català*; el *Atlas de núvols*, publicación

meteorológica sin precedentes en España; las *Memòries Patxot*, para premiar con 5 y 10.000 pesetas monografías científicas; los *Concursos musicals*, convocados anualmente por el *Orfeó Català*; los concursos históricos de la Academia de Buenas Letras, de Barcelona, y las subvenciones a su Boletín; la *Bibliografía del llibre català* y de los *Manuscrits catalans*, que sostiene colaboradores en París, y otras empresas culturales que son el honor del espíritu de Cataluña.

Pero una de las más importantes es la que acaba de hacer su aparición, eruditamente sensacional, con la publicación del primer tomo (segundo de la serie) de las *Cròniques Catalanes*, bajo la dirección del *Institut d'Estudis Catalans*. Este espléndido volumen comprende los textos latino y catalán de la *Gesta Comitum Barcinonensium*, editados y anotados por L. Barrau Dihigo y J. Massó Torrents. Sería imposible pedir mayor honradez y perfección en el trabajo de estos dos eminentes eruditos, francés el primero y catalán el segundo, ni una mayor magnificencia en la presentación material de su obra. Se están ultimando otros tomos de la misma serie, tales como los crónicas latinos de Cataluña, el *Libre dels Feys* de Jaime I, la *Crònica* de Desclot y el *Diari del capellà d'Alfons el Magnànim*. Y lo que caracteriza a todos ellos, a juzgar por el primero salido a luz, es la absoluta austeridad científica y el alto valor de competencia profesional, mucho más difíciles de lograr y mantener, en semejantes empresas, de lo que a primera vista parece.

En la famosa *Fundació Bernat Metge*, por ejemplo, cuyos meritísimos propósitos yo fui uno de los primeros en divulgar y alabar sinceramente, al lado de otras cosas muy buenas no ha sabido evitarse que se deslizaran, en el establecimiento de algunos textos antiguos y en su aparato crítico, ciertas apariencias de falsa grandeza, que si bien pueden deslumbrar a los no iniciados, en cambio no ilusionan ni dejan satisfechos a los entendidos. El que comenzó a dar el mal ejemplo fué el mismo director de la fundación, al no saberse limitar a su verdadero papel de *animatore* o agente editorial, para el que tiene innegables facultades, y dejar la crítica y la filología clásicas a los que no las adquirieron por vía o artificio de improvisación, sino después de haberse quemado las cejas estudiosamente. Creo que es un deber del crítico independiente e imparcial, señalar estos pequeños escollos. Ocultos, a la larga podrían ser peligrosos. Puestos al descubierto y registrados en la carta de navegar, un poco más de prudencia bastará para que el timonel de la *Fundació Bernat Metge* pueda sortearlos fácilmente.

El de las *Cròniques Catalanes* no se ve, pero se siente admirablemente. Y la severidad, la honradez intachable, la meticolosa y estricta probidad científica que demuestra el tomo recién publicado, delatan la dirección, si no titular, cuando menos efectiva, de un erudito de raza, que muy bien podría ser don Jorge Rubió, el eminente director de la Biblioteca de Cataluña. En manos como esas, y contando con colaboradores como los señores Barrau Dihigo y Massó Torrents, la publicación de las *Cròniques Catalanes*, que son de las más bellas y famosas del mundo medieval, va camino de ser un modelo en su género.

Don Rafael Patxot merecerá, por su patria generosidad, una buena parte de la gloria que esta empresa alcance para Cataluña en la quietud de las grandes bibliotecas y en la consideración de los sabios. Cuando se contempla la tenaz y silenciosa obra protectora del señor Patxot, se comprende el verdadero valor del dinero y su enorme potencia espiritual, ya que la material la damos todos por descontada. Si los ricos de Cataluña, en la medida de sus posibilidades y sus preferencias, supiesen y quisiesen imitar la conducta del señor Patxot, nuestra tierra, por pequeña que sea, sería la más admirable del mundo. Un millonario puede ser muchas cosas. Todos lo sabemos y lo vemos a diario. Pero ahora se demuestra, además, que un millonario con espíritu puede valer, por sí solo, tanto como una academia entera.

...

Ya no existen en mi villa natal las dos casas que me preocuparon tanto durante la infancia. Una de ellas, la de la escuela municipal, todavía se yergue a un extremo del Paseo de Mar, como una jaula llena de aves minúsculas y marineras. Pero la otra la que sostenía la torrachita con la cúpula mágica de la astronomía, fué derribada hace ya muchos años y en su lugar se levantan otras que no poseen su misteriosa fascinación.

Aquel joven pálido que se pasaba las noches en vela, observando la luna y los astros, es hoy un hombre encanecido, inmensamente rico e inmensamente noble. Su nobleza ha consistido en saber desma-

terializar el dinero que cayó en sus manos. No se crea que todo hayan sido bienandanzas para el afortunado. Las desgracias se desplomaron sobre su cabeza, quizás más aplastantes que los mismos millones. Pero ha sabido soportar el peso de unas y otros con idéntica serenidad. Si el dinero le hizo noble, el dolor le ha hecho hombre.

Hoy los cabellos blancos coronan sus sienes. Su cuerpo conserva la delgada esbeltez de los años juveniles. En sus ojos claros, que se fatigaron mirando los astros, las vicisitudes de la vida han puesto una dulzura y una mansedumbre que son como la luz difusa de su cielo interior. Rasurado, erguido, enjuto de cuerpo y recatado de gestos, este prócer ampurdanés parece un anglo-sajón. Como la de los grandes capitalistas norteamericanos, su fortuna procede del trabajo, y también como las de ellos sus rentas se aplican en parte a fines socialmente benéficos. ¿Qué es la cultura, sino la beneficencia espiritual de los pueblos?... Aquí, donde tan aficionados somos a las grandes palabras y a las comparaciones desmedidas, es extraño que nadie haya pensado todavía en calificar a este mecenas catalán con un apelativo a lo yanqui. Dejadle por una vez, que sea yo quien incurra en exageración. Al fin y al cabo, el exceso estará únicamente en comparar la fortuna, no en el buen deseo de nuestro mecenas. Yo le llamaría así: el Carnegie de Cataluña.

GAZIEL

Ideas y notas

La aspiración burocrática

Los americanos están introduciendo en Europa algunos usos y costumbres que son, como ocurre en todas las cosas, unas veces plausibles y otras veces menos recomendables. Los carteles autoritarios, por ejemplo, debe de ser una creación norteamericana. Esos carteles que se cuelgan de la pared de una oficina y que dicen, terminantemente: «Sea usted breve», y que acaso sólo sirvan para intimidar a los que son breves o cortos por naturaleza, pues los desaprensivos y latos no se dejan convencer por cartelito de más o de menos.

Pero uno de estos carteles, del cual tengo conocimiento por una revista sudamericana, me ha llamado tanto la atención, y lo considero tan curioso y recomendable en nuestro país, que voy a reproducirlo a pesar de su extensión. No se trata de Norte América, sino de una comarca de la República Argentina. La provincia de Jujuy está situada muy al norte, casi en el trópico, y la población se compone por lo general de mestizos. Con estos elementos, o sea con temperatura tórrida, lejanía de los centros comerciales del litoral y sangre india, ya se comprenderá que en Jujuy (simbólico nombre que invita a la jovialidad) tiene que abundar el sentido de la vida fácil, ruelle y pereza. Un país, en suma, en donde un empleo seguro y de poco trabajo ha de ser el perfecto ideal de los ciudadanos conscientes.

Un día, en la Casa de Gobierno de la provincia de Jujuy, así como en las oficinas municipales y en los sitios más visibles para el público, aparecieron unos carteles que decían así:

«*Correligionario y amigo*: El empleo debe de ser un medio de vida transitorio, propio para estudiantes o mujeres necesitadas.

«El que cifra su destino en un empleo modesto es medio hombre, un inválido moral, sin carácter, sin esperanzas, sin ánimos ni valor para el trabajo: es un muerto en la plenitud de la vida.

«Cultive la tierra, críe o cuide vacas, cerdos o gallinas, o venda artículos comerciales detrás de un mostrador; ganará más que con el empleo humilde que pide, y será hombre libre.

«Si no se siente capaz de hacer cualquiera de esas cosas, es usted un perfecto inútil que no sirve para nada y menos para empleado público.»—*El Gobernador*.

«Nota: Este consejo no reza con los actuales empleados de la administración, sobre todo con los que llenan funciones delicadas que requieren preparación e inteligencia. Se refiere a los que piden empleos menudos, peor retribuidos que los de un jornalero, y que de la mañana a la noche acaban con la paciencia del señor Gobernador...»

Son aquellos países, efectivamente, muy dados a los empleos públicos. Todo criollo, sólo por serlo, se cree con derecho a una investidura burocrática. Lo que mueve particularmente la política en aquellos pueblos es, todavía, un asunto de em-

pleos y cargos, y todo cambio de situación suele manifestarse por un trasiego de cesantías y nombramientos. Entre las causas que determinaron la independencia de aquellas suele olvidarse, o dejar en un lejano segundo término, la que probablemente es esencial: la envidia de los criollos hacia los peninsulares porque éstos usufructuaban en gran parte los empleos públicos y manejaban, mediante el comercio y las explotaciones agrícolas y mineras, casi todo el dinero. Con la independencia no han logrado los criollos apoderarse del capital y el comercio, que sigue en manos de los extranjeros principalmente. (En Méjico todavía se figuran que persiguiendo a los propietarios y comerciantes extranjeros conseguirán convertir al indígena en lo que no puede ser: ahorrador, sobrio y consecuente en el trabajo penoso y seguido.)

En cuanto a los empleos, tampoco han conseguido plenos resultados, pues el inmigrante que acude de Europa hace a los indígenas una seria competencia. Muchos europeos transportan, al emigrar, ese mismo anhelo del «empleo seguro», y no son los emigrantes humildes, jornaleros o campesinos de determinadas regiones, los que menos ambicionan la servidumbre de la pequeña burocracia. En Buenos Aires el servicio de la limpieza pública se halla monopolizado por los italianos de las provincias meridionales, napolitanos o sicilianos, y cuando uno de éstos, al desembarcar en la tierra de promisión donde fraguran las grandes y rápidas fortunas de la leyenda, logra ocupar un puesto de barrendero, se apresura a escribir a los parientes que dejó en su patria para comunicarle, con el énfasis propio de Italia, que ha sido nombrado «funcionario del Gobierno»...

No sabemos hasta dónde será eficaz la medida adoptada por ese gobernador de la provincia de Jujuy. ¿Se puede, con el concurso de meros carteles conminatorios y moralistas, transformar la psicología de un pueblo? Sobre esa psicología, que es naturaleza, está obrando la propia naturaleza. Es la acción imperativa del clima, del paisaje, de la raza, de las tradiciones lo que pesa con energía sobre los pueblos. Los cuales, por ser tan distintos a causa de la variedad del medio, no pueden reaccionar de igual modo ante las excitaciones de la pedagogía. Lo que es fácil y practicable en Nueva York o en Edimburgo, puede ser inútil o muy difícil en Jujuy, en Nápoles y en otros sitios semejantes.

Con todo, y aunque nos prevengamos contra las seducciones muchas veces engañosas y hasta perjudiciales de la pedagogía absolutista, no estaría de más que ciertos empeños se adoptasen, o se ensayasen, con la mayor extensión posible. El cartel antes transcrito, por ejemplo, sería útil imitarlo en todas partes; creo que en España no estaría fuera de lugar, ni mucho menos. Claro es, como advertíamos al principio, que los carteles no influyen con fuerza sino en los ciudadanos que previamente están dispuestos a obedecer toda orden o advertencia. El «sea usted breve» no intimida a los hombres latos, lo mismo que las exigencias y dificultades de los pasaportes no impiden que el espía, el conspirador o el facineroso se procuren documentos falsos.

Pero siempre se consigue algo. Cuando menos se crea un estado de conciencia pública, una opinión moral al respecto, lo que no es poco. Así como hasta ahora, entre nuestras madres y nuestros jefes de familia, ha imperado, como verdadera regla moral y como máxima suprema de prudencia, la finalidad de procurarse «un empleo seguro», ese cartel del gobernador de Jujuy, convenientemente divulgado, puede hacer que la idea del empleo seguro se convierta en la opinión general en todo lo contrario: en una vergüenza y en una imprudencia. «Medio hombre»; inválido moral; un muerto en la plenitud de la vida. En cualquiera cosa ganará usted más que de empleado...» Valdría la pena de hacer colgar por ahí tan elocuente cartel.

JOSÉ M. SALAVERÍA

Mañana publicaremos

MUSSOLINI

artículo de

LLOYD GEORGE